

Marcos Ordóñez

# Una cierta edad

Cuadernos y diarios (2011-2016)



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

Marcos Ordóñez

# Una cierta edad

Cuadernos y diarios (2011-2016)



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Pepita Forever*

*Y para Jorge, Nieves y Laura*

Un dietario suele escribirse por diversos motivos.

Los míos diría que son tres: tratar de sujetar lo que escapa del paso de los días, pensar con un poco de calma, y correr en libertad, jugando con tonos y géneros.

Mis dietarios favoritos tienen algo de autobiografía en clave íntima. Y de libro de horas (o deshoras), escrito de noche y para ser leído de noche.

Cuando los leo, no busco que me revelen los secretos de un escritor, sino su vagabundeo mental: los vaivenes, convicciones y contradicciones de su pensamiento en su faceta más ensayística, de tentativa.

Me gustan los diaristas que a veces, al doblar una esquina, parecen tararear a guisa de himno aquella vieja canción en la que Trenet proclamaba seguir siendo fiel a cosas sin aparente importancia, cosas que ellos consiguen volver interesantes por mirada, por estilo, por vocación de amenidad.

Pasados unos años, es curioso fijarse en lo que quedó fuera y lo que se filtró. Sucieron cosas presuntamente importantes y no dejaron huella escrita (por fatiga, por miedo, por desinterés, porque pasó el día, y el día después del día), y en cambio anoté otras que tal vez al lector le parezcan triviales. Pero a veces esas trivialidades atrapan una pequeña verdad en mangas de camisa.

No sé por qué se abre o se cierra la boca del dietario. Tal vez pide alimento en épocas demasiado ruidosas, en las que todo parece acelerarse y confundirse. Escribí uno de modo continuado entre 1989 y 1994. Dejé de hacerlo cuando murió mi padre, no sé por qué. Eran unas notas muy extensas, muy minuciosas y, en mi recuerdo, un poco pesadas.

Quiero creer que al correr del tiempo esa forma se ha concentrado, se ha ido calmando, y ojalá las entradas de ahora se hayan vuelto más ligeras. Igual soy yo quien se ha calmado y se ha vuelto más ligero. Ojalá.

No volví a sentir la necesidad de inaugurar cuaderno hasta casi diez años más tarde. El nuevo me duró de 2003 a 2009, aproximadamente. Tampoco quise rescatarlo: había mucha negrura ahí adentro. Entretanto escribí otras muchas cosas que se fueron publicando.

En *Una cierta edad* hay cuadernos y columnas de seis años. *Grosso modo*, de 2011 a 2016: me gustan las medidas irregulares. La cronología nunca ha sido mi fuerte, y seguir y fechar el día a día me parece una esclavitud. O, simplemente, una lata.

Me gustan los diarios que sintetizan, que eligen detalles significativos. La

pincelada que puede dar el color de un momento o una atmósfera; el perfil en el que reconocemos a su autor. Y quizás un poco su época.

Se me caen las frases demasiado aforísticas. Me resultan pomposas y, peor, absolutistas: si las pienso dos veces, aparece un manojo de excepciones que las desmontan. Suelo conservarlas cuando suenan naturales, cuando me sorprende haber pensado eso, haber llegado a esa conclusión, pero siempre que quede abierta a otras lecturas: intentar, en la medida de lo posible, no ponerme categórico ni dar nada por hecho.

No me seducen los ajustes de cuentas, enmendarle la plana a este o al otro: a la que te descuidas brota un tono bilioso muy desagradable. Además, si me pusiera a comentar todo lo que me irrita o con lo que estoy en desacuerdo no acabaría nunca.

Lo que más me gusta del género es que su menú ofrece platos muy variados: recuerdos, crónicas breves, apuntes al sesgo, microrrelatos, pequeños poemas, humoradas luminosas o bromas oscuras de la existencia.

Ya se verá si mis intentos de acercarme a todas esas cocinas han dado buen resultado. He tratado de echar al perol pensamientos sobre la escritura, el teatro y otras artes; retratos de escritores preferidos, notas de lectura, de revisiones, de paseos, espejos y espejismos, y el intento, reiterado por torpeza, de «arrancar del tiempo lo transitorio apasionado», como pedía Patrick Kavanagh.

También asoman, aquí y allá, como gatos por las esquinas del entretejido, artículos nocturnos que nacieron en estas páginas y publiqué en *El País*. De los muchos que escribí en esos años, he querido recuperar (podados, rehechos, o a veces tal cual, según iba viendo) algunos de los que me parecen, como decía antes, más íntimos, más autobiográficos. Los que surgieron con vocación diarística, de madrugada y a media voz.

A veces no hay tanta diferencia entre un diario y un dietario.

Agradezco a Juan Cruz su generosa autorización para reproducirlos aquí.

La *cierta edad* del título me permite fantasear con la presunción de que en alguna parte de este libro quizás se encuentre mi esencia sin argumento, mi voz hecha de muchas.

## 1. 2011

Comienzas a tener «una cierta edad» cuando caes en la cuenta de que un día más es, irrevocablemente, un día menos. ¡Gran descubrimiento, molesta constatación! Una buena frase de mi padre: «Cualquier día sin tierra encima es un buen día.» Mensajes para mí mismo, a clavar en una nevera imaginaria (y a ser posible, portátil): Sonríe. O, mejor, ríe. Que no se te vaya un día sin haber reído. Intenta ser amable y justo, hacer las cosas con alegría y con calma, buscar la belleza. Y no le des importancia a las pequeñeces (eso es lo más difícil). Así quizás evites ese entrecejo que comienza a parecerse a un surco, esa cara de señor mayor, entre aturdido y asustado, que algunas mañanas te saluda desde el espejo. (A veces, los propósitos de Año Nuevo suenan como los golpes de un escoplo intentando grabar las letras, una a una, en un pedrusco de sílex.)

\*

Una pareja de viejos en el banco del parque. Él, mirándose la mano:  
«Vaya uñas tengo. Fíjate: amarillas y negras.»  
«Como taxis», responde ella, sonriente, aparentemente distraída, siguiendo con la mirada a los niños que juegan.  
Él rompe a reír. Y ella con él. Ríen juntos.  
En realidad no son tan viejos.

\*

Escribo para fijarme. Para caer en la cuenta. Para fijarme en las cosas y en la gente y en lo que pienso y en lo que siento, que no siempre está claro. Fijarme en el sentido de observar todo con mayor precisión, porque todo pasa demasiado rápido, pasa por detrás y pasa por los lados, cuando andamos despistados, embabiecados, envueltos en ruido, y fijarme en la acepción de anclaje, de hincar los pies en el suelo, con las líneas como rieles, para que el viento del tiempo no se lo lleve todo y a mí con él, y no todo se afantasma antes de hora. Y para llegar a fin de mes.

\*

La ironía se tolera muy mal en cualquier forma, pero sobre todo por escrito, porque el lector no puede ver la cara de quien escribe. No sabe a qué carta quedarse, y eso le irrita. «¿Va en serio o en broma? Aclárese. O blanco o negro. Hay que posicionarse.» En estos tiempos, la ironía no cotiza, y menos si se trata de una ironía afable. Aquí lo que manda es el sarcasmo, cuanto más feroz y denigratorio mejor.

\*

En la estación. Un niño me pregunta:

«Usted es escritor, ¿verdad?»

«¿Cómo lo sabes?»

«Porque mira todo el rato y apunta mucho en esa libretita.»

Escritor o detective, podría haber dicho. Que tampoco son tan distintos.

\*

Sabiduría de William Layton, el gran maestro de actores: «No hay que compararse nunca con los demás, porque siempre habrá alguien mejor o con más suerte. Lo efectivo es compararse con lo anterior de uno mismo.»

\*

De repente ha vuelto esta riqueza. Amanecer de invierno. Mi abuela, sonriente, inclinándose sobre la cama para darme un beso, con aquella frase de La Moños: *L'últim que em queda!*

\*

«Me gustaría que cantaras como si te hubiera atropellado un camión y solo tuvieras tiempo de cantar una canción. Una canción por la que la gente te recordase para siempre. Una canción en la que le contaras a Dios qué tal te fue en tu paseo por la tierra. Una canción que te resumiera. Esa es la canción que quiero que cantes: algo que realmente sientas, porque esas son las canciones que la gente quiere escuchar, las canciones que realmente les salvan» (Sam Phillips a Johnny Cash en *Walk the line*).

\*

¿Cuándo se ha puesto de moda el adjetivo «solvente» aplicado a un artista? Hasta anteayer, como quien dice, «solvente» era un pagador o un hipotecado fiable. Aplicado a un artista es horrible, es un eufemismo o una simpleza que roza el insulto. Un artista es bueno o malo, estupendo o aburrido. «Solvente» lo será tu padre.

\*

Mi amigo Héctor volvió a Montevideo, que no pisaba desde los diecisiete años. Visitó a familiares y amigos de entonces, y una tarde, cuando faltaban pocas horas para su vuelta, se encontró paseando por el barrio donde había vivido su primer amor. La casa estaba idéntica. La misma inclinación del sol sobre el muro blanco, el balanceo de la glicina. Dudó un buen rato y al fin llamó al timbre. El mismo viejo sonido de campanita. Se abrió la puerta y salió ella. Idéntica. Como si no hubiera pasado el tiempo. Los mismos ojos, el mismo cabello negro, la misma sonrisa. Unos segundos de eternidad.

–Iris –dijo, conmovido, casi mareado por el impacto.

–Me parece que usted pregunta por mi madre –dijo la muchacha.

\*

Me gusta la frase que Harley Granville-Barker, la noche del estreno de su puesta de *Cuento de invierno* en el Savoy, escribió en el espejo del camerino de Cathleen Nesbitt, que interpretaba a Perdita: «*Be swift, be swift, not poetical*» («Rauda, rauda, no poética»). Aunque casi prefiero la acepción de «ligera».

\*

«Se ha escapado un loro en la avenida de Roma, desde mediados de febrero. Tamaño aproximado: una paloma mediana. Plumaje verde con algún punto negro. Cabeza blanca. Vientre entre fucsia y rojizo. Alas con plumas azules y turquesa. La cola, que despliega cuando vuela, es amarilla y roja. Atiende por el nombre de Kostia. Es jovencito. Necesita dieta especial. Es muy importante que vuelva a casa pronto por terapia depresiva de un familiar. Se gratificará.»

(¿Cuándo tomé esta nota? Al pie solo dice: «Cartel encontrado en un árbol de la avenida de Roma.»)

\*

Un sinvivir agazapado, que viene de gazapo. Creciente embotamiento de los sentidos y las voluntades, con ocasionales y esplendorosos arrebatos. Debería hablar de toda la porquería de ahí afuera, pero me sale por las orejas. Sería empezar y no acabar. Otro día, otra hora, aunque esta ya va durando demasiado: cada día se repite la misma portada.

\*

Hoy he ido a pasear por Gracia. Las calles estaban casi vacías, recién regadas, y parecía un pueblo. En una esquina tocaba un violinista irreal (húngaro, me dijo) con sombrero de media copa y barba, que parecía salido de un cuadro de Chagall. En otra esquina, un par de albañiles estucaban una pared y silbaban, al alimón y muy bien, por cierto, «La Raspa», que hacía como mil años que no escuchaba.

\*

Ya tenemos aquí la primavera. Por la mañana se oyen mirlos en el jardín; en el atardecer clarísimo se recortan contra el cielo los murciélagos.

\*

Con Lady Espert, a la salida del teatro. Está guapísima. Más allá de la belleza física, que también: el brillo en los ojos, en la oscuridad del restaurante; la calidad de la risa. Recordé aquellos días en Londres, con ella y con Bárbara, su nieta: las veía reír y era inevitable creer que eran madre e hija, en vez de abuela y nieta.

O dos amigas que hacía tiempo que no se veían y retomaban el diálogo en el punto justo donde lo habían dejado. Lady Espert va camino de los ochenta, ha hecho una función de dos horas, y ahora salimos a la noche. En el restaurante, los camareros cantan ópera y zarzuela, entre plato y plato. Podría quejarse: de lo inesperado de la circunstancia, que nos impide conversar, o de la cosa general, que, como se sabe, es mala en muchos frentes, por no decir en todos: sensación de caída libre hacia el fondo de un pozo cada vez más cercano (no solo será la caída, dice, lúcida, sino la dificultad de volver a subir).

Come con apetito pero con mesura, y sobre todo canta, se suma a las arias de

ópera, a las romanzas de zarzuela, cuya letra recuerda muy bien, sin saltarse frases, y con una estupenda entonación. Cuenta que cuando viajaba con Alberti para hacer recitales mano a mano, solo escuchaban zarzuelas y las utilizaban como sistema métrico. «¿A qué distancia está el bolo?» «A tres zarzuelas y media.» Y cantaban juntos.

Voz joven, voz de muchacha. Una gran alegría en todo lo que dice y hace. Inevitable preguntarse: ¿cómo haré para estar así a su edad? Y su admirable mano izquierda a la hora de esquivar a los pelmazos. Una chica, con ojos desafortunados, hablando muy rápido, le pide hacerse una foto con ella. Sin dejar de sonreír, tomándole la mano, contesta: «Ahora no, cariño, estoy cenando; luego, la hacemos luego.» Gente que la reconoce. Para todos tiene una palabra amable, nada formularia. Una de las camareras/ cantantes había trabajado con ella veinte años atrás. Flota en su voz un aire de tren perdido, y ella hace todo lo posible para que se encuentre a gusto, para que sus triunfos no la entristezcan. Se abrazan. La comida no es excepcional, pero da lo mismo. Lo formidable es cómo ha entrado en esa situación insólita, se ha dejado llevar, ha disfrutado de todo. Luego la acompañamos a su casa, es decir, cruzamos caminando medio Madrid, un Madrid un tanto bronco, por los hinchas que han ganado el partido y no les basta con eso: da la impresión de que, si pudieran, machacarían a todos los hinchas contrarios. Ese espíritu de guerracivilismo permanente que asoma bajo las circunstancias más pequeñas. Bah, eso es un lugar común: cuando arrecia la presión brota lo mejor y lo peor de cada quien. «Sí», concluye, «pero lo peor siempre es fácil y lo mejor hay que conquistarlo.» Son casi las tres de la noche y está claro que le apetece poco acostarse. «Mañana estaré afónica», dice, aunque sabemos que no: coloca muy bien la voz, incluso cuando parece cantar del modo más desabrochado. «Me apetecía mucho esta salida», dice. «Durante todos los ensayos he estado viviendo como una monja, de casa al teatro y del teatro a casa, pensando solo en la obra.» Todavía recopia el texto para memorizarlo, como hacía cuando era joven, en grandes cuadernos de papel pautado.

\*

Inculto quiere decir no cultivado. Para que brote la cultura, que es la alegre flor de la vida, el terreno ha de ser fértil, abonado por los elementos (o alimentos) espirituales básicos: la curiosidad y el ansia de saber, que vienen a ser la misma cosa. Doy clases desde hace años y me parece que puedo darme por muy satisfecho si encuentro tres, cuatro, cinco campos abonados (si me lo

preguntan a otra hora, puedo elevar esa cifra a siete o diez). Es evidente que ante el paro centuplicado y las ínfimas posibilidades de trabajo, el interés ha sido sustituido por un ir por ir y un estar por estar, pero esa inercia no es enteramente nueva. Hay una tierra yerma, endurecida y apisonada por los estruendosos altavoces que plantaron sus mayores, solo resquebrajada por los inmemoriales cardos de la adolescencia: el cinismo impostado, la falta de humor y amabilidad, el desinterés ostentoso, a veces el fanatismo. Se me dirá: tu trabajo consiste en ofrecer entusiasmo contra el cinismo, en avivar la curiosidad, la gentileza, la sonrisa. Desde luego, aunque me temo que vivimos tiempos en los que es más cierta que nunca la máxima de Madame de Merteuil: «Rara vez se adquieren las cualidades de las que podemos prescindir.»

\*

De acuerdo, pero no olvides los peces de plata centelleando en la red, las tardes gigantescas en las que vas a clase sabiendo que enviarás una volea a esos tres, cuatro, siete o diez, y te la devolverán con pases altos, con golpes ligeros, elásticos, precisos, y la pelota rara vez tocará tierra; esos momentos extraordinarios en los que verás dibujarse una frase inesperada, una interpretación libre de tics, una respuesta –o, mejor, una pregunta– alegre, gentil y verdadera, un talento germinante, una esplendorosa promesa de futuro.

\*

Primavera. Aparecen los primeros móviles de moscas. En el jardín, la sombra de las hojas cae, moteada de sol, sobre las páginas abiertas de un libro. Brillan ya los hilos irisados de algunas telarañas.

\*

Sueños. Las pesadillas bien podrían ser visiones del infierno. No hace falta ser creyente para imaginar el infierno: un mundo exangüe, del que han extraído la belleza. Hay horrores insoportables, bebés decapitados con ojos abiertos, gatos despellejados en vivo, siempre inocentes, siempre inocentes muertos, y luego hay una telaraña de aprensiones, de molestias, de humillaciones, de vejez cercana, de impotencia, de rostros siniestramente burlones, luces grises, desastres del pasado, verdades oscuras que afloran de repente, lo no dicho, lo no hecho, lo echado a perder. En esos sueños de infierno opaco predomina la

sensación de que vas a orinarte encima de un momento a otro, y sin placer. Alguien me dijo que todo lo que hemos olvidado nos grita pidiendo ayuda a través de nuestros sueños.

\*

En mi vida secreta, la que se abre algunas noches, soy mucho más voraz, atrevido y despreocupado, porque soy más joven, y tengo el cabello negro, fuerte y brillante como nunca lo tuve, y no me parezco físicamente al que era entonces. Soy otro, mi rostro es distinto, pero soy yo, me reconozco en gestos olvidados, como encogerme de hombros y dejar que el sol me lave la cara, ese sol que ya no puedo tomar.

Camino sin prisa ni citas por un barrio tan peligroso, me dicen, que quienes lo visitan han de entrar en él montados en extraños vehículos con sidecar, y lo del sidecar me hace muchísima gracia, imagino un lugar amenazador pero con algo de atracción de feria, el mundo como una feria dura y luminosa, como el antiguo parque de atracciones de Montjuic, y en el aire resuena un estruendo de montaña rusa desencadenada o platos voladores, y me encojo de hombros, dejo que el sol me lave la cara y entro y me digo que estoy en Valencia, porque todas las mujeres que veo me parecen valencianas, y todo se cae a pedazos, y todo parece estar muy cerca y el aire huele a naranjas y arroz, como en la canción de Sisa.

\*

Frases de madrugada. Dice: «En buena medida, la cultura está hecha de muertos. Humus. El legado, la memoria de los muertos. Lo que hicieron, lo que representaron. Somos los oficiantes del duelo. Los que recuerdan. Luego está lo que, con empeño, lograremos construir sobre ese mantillo.»

\*

Mario Gas me dice que para representar, por ejemplo, la antigua Roma en teatro, bastan dos actores contra un fondo negro y un diálogo de *Julio César*: el espectador instantáneamente «se traslada» allí con la imaginación. En el cine, en cambio, hay que levantar un decorado carísimo, porque la pantalla requiere una minuciosa sensación de realidad. No me parece una mala definición de ambas artes. Gracias al cine he viajado por el tiempo y alcanzado muchas comuniones, pero ninguna como cuando nos sentaron en la corte de los reyes del

*Mahabharata* de Peter Brook, en pleno escenario. La magia del teatro recomienza cada vez que se apaga la luz de sala y brota la claridad de los focos.

\*

A mi antiguo vecino, que tenía en el comedor un mueble bar muy grande, le regalaron un conejo blanco. Durante unos años el conejo vivió detrás de la barra. Cuando mi vecino dejó el piso, llevó al animal a la masía de unos amigos, donde desarrolló una gran actividad procreadora.

Un día le pregunté por el conejo blanco y me comentó: «No se puede quejar. Media vida en un bar, la otra media de semental.» He recordado esa historia mientras escuchaba a Paolo Conte. Es un asunto ideal para una canción suya.

\*

Sala de espera del hospital. Silencio atravesado por los pasos rápidos de las enfermeras, que caminan mirando hacia el vacío para que nadie les pregunte por las razones del retraso. Luego, el chirriar del carrito metálico en el que alguien traslada los historiales. Un paciente mira hacia el reloj de la pared y luego hacia el vecino, buscando complicidad, y chasquea la lengua. El vecino la chasquea a su vez, lo que detona, por contagio, un breve y maravilloso concierto de chasquidos absolutamente inútil, porque ya nace marcado por la resignación. Luego todos se cruzan de brazos y vuelve el silencio, que los adormece. A Tati le hubiera encantado.

\*

No sé quién me dijo que las últimas palabras de Paul Claudel habían sido estas: «Doctor..., ¿usted cree que habrá sido el salchichón?» Jean-Louis Barrault, que le conoció bien, dice en sus memorias que fueron estas otras: «Dejadme morir tranquilamente, no tengo miedo.» ¿Con cuáles me quedo? La primera versión tiene, obviamente, un aire de chiste, pero suena a realidad. Y todavía mejor: Pepita dice que es la despedida de un optimista a ultranza. La segunda es muy buena, pero parece un poco «anotada». Una frase para la foto.

\*

Sueño que viajo en el tiempo hasta el año 68 para follar con Emma Cohen.

Habitualmente, en esta serie de sueños retrógrados (porque fueron una serie), me topaba con diversos generadores de angustia: me preguntaba cómo pagaría con euros en un mundo de pesetas, quería ir a ver a mis padres y a mis abuelos pero comprendía que, con mi aspecto actual, no me reconocerían, y la obsesión de encontrar luego el portal de salida acababa de arruinarme la visita. En fin, lo que fue a parar a «Esto no está pasando», el relato que abría *Turismo interior*. En esta ocasión todo sucede sin el menor tropiezo. Llego, me encuentro con la bellísima Emma de entonces, brillan sus ojos lacustres, y nos vamos a la cama, apasionados, sin mediar palabra, su cuerpo ardiente. Literalmente ardiente, como si tuviera fiebre muy alta. Al acabar estoy de vuelta en casa: al parecer, la puerta de su cuarto es el portal de salida. Un sueño estupendo, de los que no abundan.

\*

«Pecados intolerables son la vanidad, la envidia y la debilidad de carácter. Cualidades buenas, el espíritu de adaptación, pero no la renuncia; la comprensión de los defectos ajenos, pero no su aceptación.» Así hablaba, como un Montaigne napolitano, el gran Eduardo de Filippo, que subió a escena por vez primera a los tres años y dijo, poco antes de morir, a los ochenta y cuatro, convertido en una gloria nacional: «Mientras haya una brizna de hierba sobre la tierra, habrá otra brizna fingida sobre el escenario.» Sobre él escribí que algunos le acusaron de localista, pero sus comedias, nacidas «de la atención, de la experiencia, del espíritu de búsqueda», fueron aplaudidas en Inglaterra, en Rusia, en Japón.

Otro error habitual es calificarle de costumbrista. El arte de don Eduardo es muy refinado psicológicamente, y sus arquitecturas son sabias y complejas. Crece sobre cuatro pilares básicos (Comedia del Arte, Goldoni, Chéjov, Pirandello) y abre sus ventanas de par en par para que penetre el aire fresco de la calle, de la vida. «Busca la vida», decía a sus discípulos, «y encontrarás la forma; busca la forma y encontrarás la muerte.» Adoro su teatro y sus virtudes: el cuidado de la composición, el respeto a los sentimientos, la vocación popular, su eterna aspiración de moralidad.

\*

Mi madre, que a veces es jardiesca sin saberlo:

«¡Fíjate! ¡Cómo iba a imaginarme a los veinte que tendría un hijo de más de

cincuenta!»

Mari Carmen Prendes no lo habría dicho mejor.

\*

Domingo. Empieza a anochecer más tarde.

\*

Los cuentos: siempre «poco unitarios». Excepción: cuando la muerte del autor los reunifica, como un hilo espectral, fosforescente, y los críticos se sienten liberados de tener que esperar la nueva entrega de algo más denso, más serio, más enjundioso. La muerte convierte la última obra del autor (sí, esos cuentos «poco unitarios») en una muestra de su «extrema depuración formal». Es como si los cuentos solo fueran secretamente *tolerados* al principio o al final de la carrera de un escritor.

Hay otra condena antigua, paralela a esta, y de la que no escapamos: la novela sigue siendo el género rey. Aunque la mayoría no se lean, por supuesto. Con la novela se supone que el autor «da el do de pecho». En los anuncios o reseñas de una novela larga, el adjetivo es siempre «ambiciosa».

Rara vez se aplica a un libro de cuentos, o de ensayos, o de crónicas, por muy ambiciosos que sean. Todo lo que no sea novela sigue siendo un pequeño quebradero de cabeza para críticos, libreros y algunos lectores, por muy modernos que se consideren. ¿Qué hago con esto, dónde lo meto?

\*

Me dice: «La vejez es querer ir a restaurantes que ya no existen.» No está mal la frase, pero, si la pienso un poco, caigo en la cuenta de que yo probablemente sentía ya eso (o algo muy parecido) a los diez años o incluso antes: la conciencia de que el tiempo pasaba como una trituradora, cavando hoyos enormes y separando épocas con su pala dentada, a bocados. Recuerdo perfectamente (y es posible que lo haya escrito) la tarde color malva de aquel domingo en que supe que algo acababa de un modo dolorosamente irremediable. Debí de ser a finales de septiembre de 1964: yo tenía siete años y al día siguiente empezaba la primaria. El colegio estaba a cuatro pasos de mi casa pero a una distancia sideral de mi mundo anterior.

\*

Cuando un encargo comienza, precedido de una risita, por la frase «Voy a hacerte una proposición indecente», ten por seguro que lo es: te van a pedir algo a cambio de nada. Y cuando escuches la frase «con la que está cayendo», puedes apostar lo que no tienes a que quien habla está a cubierto gracias a los réditos de tu intemperie.

\*

Los trozos del tronco de merluza recién servida, bellos como un plato roto brillando bajo la lluvia.

\*

«Ese libro está agotado.» Código Enigma: «No vamos a enviar una furgoneta a nuestro lejano almacén para que tú o cuatro locos como tú tengan su libro: demasiado trabajo, no nos sale a cuenta.»

\*

(Grandes trastazos.) Dos actrices:

«Estáis preparando un clásico, ¿no?»

«Pero lo hacemos a contratexto, naturalmente.»

\*

Releo a Umbral. A muchos nos estragó, en su día (un día que duró años), su tintineo verbal, su histrionismo, su deslumbramiento paleta ante los oropeles del poder, sus broncos ajustes de cuentas. Pese a todo eso, es un maestro, tan desigual como deslumbrante: en una página me dan ganas de tirar el libro por la ventana, en la siguiente me dan ganas de aplaudir. Hablar de monstruo del articulismo es ya un lugar común aunque cierto, pero habría que rescatar al brillante y sagacísimo crítico que fue en una época. Releo *Valle-Inclán: los botines blancos de piqué* (1997), y el placer es casi continuo, y el torrente de intuiciones, y la potencia del lenguaje, y la dicha juguetona de saltarse todos los peajes academicistas. De lo mejor que se ha escrito sobre Valle. Un libro muy español y, a su manera, muy francés: no está lejos de *La panoplie littéraire*, el

maravilloso ensayo de Bernard Frank sobre Drieu la Rochelle. Es difícil encontrar hoy libros tan vitales, tan despeinados, a caballo entre la biografía, el ensayo y la crítica, esa mezcla sin nombre que es uno de mis géneros favoritos.

Empiezo a pensar en sus otros libros que prefiero, los más memorialísticos, y me sale una alegre hilera de cerezas: *Diario de un escritor burgués*, *Trilogía de Madrid*, *Mortal y rosa*, *La noche que llegué al Café Gijón*, *Días felices en Argüelles*. Y *Un ser de lejanías*, su libro casi último, casi póstumo en vida, libro sin género, entre el dietario lírico y el autorretrato del viejo escritor, porque me hace la misma compañía de entonces. Hay mucho frío en ese corazón que sigue dando calor.

\*

Terence Rattigan resumió su código de valores en esta estupenda frase: «Creo en la pasión. Creo en el honor. Creo en la alegría. Creo en el coraje. Y aspiro a conseguir algún día lo más difícil: la elegancia bajo presión.»

\*

La banalidad, al conversar, de quien no siente el menor interés por los demás, tan solo si se trata de chismes, cuanto más malignos mejor. Su voz levanta un muro de cháchara, cinismo, vaguedades y maledicencia, tan compacto que no hay forma humana (salvo un quiebro abrupto, pero difícilísimo) de cambiar el tono e introducir otro asunto, no necesariamente profundo o confesional. Y lo peor no es eso, lo peor es el contagio: te encuentras hablando mal de todo el mundo, como un niño disparando en un pimpampum, y acabas estragado por haber entrado al trapo y mostrado lo peor de ti mismo. (A la mañana siguiente, al despertar, considerable sensación de resaca moral.)

\*

Jules Renard llama «imaginación retrógrada» a la que solo imagina el pasado. Pero a veces el pasado es una ventana para escapar de la aguda intoxicación del presente.

\*

Cada vez me convengo más de que el éxito de un perfil radica en combinar la

precisión con el trazo imprevisto. Así describe Manuel Longares a la cocinera Bea en *Romanticismo*: «Era muy bailona además de supersticiosa, gamberra con los niños y temerosa de las tormentas.»

\*

Junio. Dejo la música puesta para que se ventile la casa.

\*

Me digo que, por poco que pueda, quiero anotar aquí lo bello, lo alegre, lo pequeño pero sorprendente, lo luminoso, aunque sea entreverado de melancolía. ¿Para qué contar las caídas en lo atroz, las aristas sombrías, los malos charcos de la existencia, y que esos rostros imposten un guiño cínico, una mirada de superioridad maliciosa? ¡Fuera de aquí todo eso!

Edición en formato digital: enero de 2019

© Marcos Ordóñez, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4004-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[anagrama@anagrama-ed.es](mailto:anagrama@anagrama-ed.es)

[www.anagrama-ed.es](http://www.anagrama-ed.es)